



LA SOFLAMA.

DIRECCIÓN Y ADMÓN.
Calle del Hospital, núm. 20.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.
Trimestre 1'50 pts.
Número suelto 10 cénts.

SEMENARIO POLÍTICO LIBERAL.

AÑO II.

YECLA 3 DE ABRIL DE 1892.

NÚM. 23.

EL CEMENTERIO.

Con tanta frecuencia y de tal suerte viene pintándose el triste espectáculo que ofrece ese sagrado pedazo de tierra, quizás el único que no está hipotecado por una cantidad prestada al ciento p/100, que no hemos podido resistir al deseo de convencernos, por nuestro propio testimonio, de la razón de ese clamoreo público.

Nuestra visita á ese santo lugar, nos impresionó tan desagradablemente, tan desconsoladoras reflexiones nos sugirió, que aún hoy, después de haber transcurrido unos días, sentimos cierto disgusto, cierto malestar, que nos obligan á llamar la atención de las autoridades para que inspeccionen aquel inmundo hacinamiento de carne humana, y por decoro propio, por decoro de la población y por higiene, adopten medidas urgentes en contra de ese foco de infección, y procuren desde luego edificar, sin intervención de la curia eclesiástica, por supuesto, que ha demostrado que es inepta para esas cosas, y que no debe tenerla, un cementerio que reúna condiciones higiénicas y que pueda visitarse sin experimentar repugnancia.

¡El cementerio! Allí duermen el sueño eterno generaciones enteras, que volvieron á las entrañas de la tierra para fundirse de nuevo en los eternos crisoles de la vida. Allí se conservan las cenizas de seres queridos, de deudos y amigos cariñosos, que nunca nos perdonarían el abandono en que se les tiene. Allí hemos derramado lágrimas todos, y todos hemos experimentado el horror que causa la muerte. Allí van á parar todas las esperanzas y todos los anhelos. Allí iremos á juntarnos con aquellos cuya muerte nunca podemos olvidar.

¡Y que mal sabemos honrar la memoria de los muertos!

Cuatro paredes en estado ruinoso; media docena de fosos de media vara de profundidad; unas cuantas sepulturas de obra, agrietadas por todas partes y de un aspecto repugnante; un corral de guardar ganado, convertido en cementerio, eso es el campo-santo

de Yecla.

Por eso no puede entrarse en él sin sentir repugnancia; por eso nos explicamos la indignación con que todo el mundo habla de este asunto.

Y en medio de la pena que sentimos al recorrer aquel santo lugar, experimentamos un gran consuelo al pensar que no es obra de nuestro pueblo, por que la protesta es general, unánime, sentida.

Debe cesar, y debe cesar pronto ese punible y humillante abandono en que se tiene el cementerio. Lo reclama nuestro buen nombre; lo reclama la higiene; lo reclama de consuno la inteligencia, el corazón, la caridad y hasta el egoísmo.

Pero no hay medio de hacerlo, sinó edificando uno nuevo, que el viejo no admite reparación, segun está de derruido; y no la admite tampoco, por que ni tiene suficiente extensión, ni está situado en lugar á propósito.

Aún no se han ocupado en nada útil los gobernantes, si no es en la hazaña, nunca bien ponderada, del liberalísimo Moncada, de negar á Onofroff el teatro, después de habérselo concedido, para que diese algunas sesiones de hipnotismo. Bien pudieran aprovechar la ocasión de hacer algo que contribuyera á olvidar sus desaciertos y torpezas.

Todos los pueblos cristianos han venerado siempre la memoria de los muertos; en todos los pueblos cultos se les ha rendido homenaje; y hoy sería difícil encontrar un villorrio en que no haya un cementerio decente, acondicionado, que nos invite al recogimiento y á la meditación. Tan arraigada está en la conciencia humana esa obligación.

Y esa veneración, ese culto, ese respeto á la memoria de los que fueron, no solo responde á la nobleza de los sentimientos. Hay algo más en todo eso; ¿por qué no decirlo? hay algo de egoísmo en ello; el deseo de presentar ejemplos que imitar, que puedan servirnos de guía y estímulo; el conocimiento de que el progreso, como Jano, tiene dos caras, una que mira hacia adelante y otra hacia atrás.

Y esa veneración, ese respeto ese

culto se demuestran, entre otros modos, colocando á los muertos en condiciones de que puedan ser visitados; en condiciones muy distintas de las que reúne este cementerio, que á juzgar por las repugnantes escenas que allí hemos presenciado, más parece un lugar para explotar la caridad cristiana de este pueblo que se resigna á todo y por todo pasa.

El cementerio es pequeño, muy pequeño, veinte veces más pequeño de lo que debiera ser; y por eso se hacinan allí los cadáveres en las sepulturas; y por eso las que se abren en la tierra tienen escasa profundidad, tan escasa que, en un cadaver, después de enterrado, se distinguen sus formas perfectamente, por motivo de la escasa capa de tierra con que se le cubre.

Y no descendemos á relatar algo de lo que en aquel lugar ocurre y hemos presenciado, porque el estómago se resiente y el ánimo se subleva y se irrita.

¿En qué se invierten las grandes sumas que produce el campo-santo?

Por caridad cristiana, por decoro, por respeto, por egoísmo, por higiene es urgente construir un cementerio municipal. No se alarmen los espíritus timoratos; en todos los pueblos los hay, por que son de necesidad absoluta y porque los municipios tienen un derecho perfecto indiscutible para ello. Además, no luchamos con las creencias religiosas; no queremos romper con la tradición de nuestros padres; no pensamos combatir ideas y tradiciones que acatamos, que constituyen nuestros más queridos sentimientos; antes al contrario, estamos dispuestos á defenderlas y por ello proponemos que en este cementerio, se levante una capilla, y haya un sacerdote pagado por el municipio.

Pero este y solo este, debe intervenir en la obra que encarecemos; y cuando esté terminada, él y solo él en todo lo que se refiera al campo-santo, que debe considerarse y ser realmente municipal.

La responsabilidad de lo que lamentamos es en primer lugar, del clero por ser obra suya; es despues, de las autoridades civiles por permitirlo.

